

Apuntes de la intervención de Giorgio Vittadini en la Asamblea General de la Compañía de las Obras (Milán, 21 de noviembre de 2010)

Siguiendo el ímpetu de nuestro deseo, decidimos dar vida a una cooperativa, la CUSL, Cooperativa Universitaria Studio e Lavoro, que tenía como objetivo encontrar alquileres más económicos para los estudiantes universitarios, redactar los apuntes de los cursos principales –eran los años después del 68, y también los libros escaseaban-, facilitar artículos de papelería a precios accesibles, estipular convenios con comedores donde comer a bajo precio, o identificar posibilidades de trabajo a tiempo parcial que permitiera a los estudiantes mantenerse sin tener que abandonar la universidad. (...)

Ayudar al individuo que actúa está en función del bien común –lo digo porque es una cuestión fundamental-, no es una teoría lanzada por algún show televisivo o por algún intelectual o filósofo en boga. El bien común, para citar ejemplos reales de finales de los 60, se concreta en el hecho de que pudieran existir realidades como la empresa vinícola de Alcamo, la fábrica de sillas de Serrastretta en Calabria, la agencia radiotelevisiva de Foggia o la empresa informática Beta 80 de Milán, que ahora cuenta con 250 empleados, la Cooperativa Solidarietà di Lorenzo Crosta que procuraba trabajo a los muchachos con Síndrome de Down, o los Centros de Solidaridad que ayudaban gratuitamente a conseguir trabajo.

La existencia de realidades de este tipo representa un bien para todos, porque nacen de la iniciativa de personas que se ponen juntas, crean oportunidades de trabajo y responden a necesidades; se trata de lugares humanos que ayudan a mantener vivo y a poner en acción el deseo de la gente, que representa la riqueza más grande, la fuerza más grande de Italia.

Así, en 1986 se constituye la Compañía de las Obras para sostener las iniciativas empresariales y de emprendimiento social, para demostrar que era posible trabajar en un modo más humano y, a través de nuestra experiencia, contribuir al bien común.

Un albañil de Rimini, padre de un amigo mío, me contó un día una historia que, me parece, ejemplifica de manera viva los inicios de la Cdo, aunque tuviera lugar en los inicios de la post guerra: este albañil poseía un terreno, y decidió comenzar poco a poco a acondicionarlo para luego construir la casa. Un día, antes de empezar a trabajar su terreno, pasaron los amigos del bar y se burlaron de él, diciéndole que no lo lograría; así él se desmoralizó, dejó el trabajo y se volvió hacia su casa. Recorridos doscientos metros se paró en seco y se preguntó: «Pero, ¿tengo que hacer caso a estos estúpidos?» Volvió atrás y, en cinco, seis años, construyó la casa. Una persona que se mueve así representa una riqueza para todos y actúa en función del bien común (...)

Bien, éste ha sido el inicio de la Cdo: ponerse juntos para ayudarse en una obra, no esperando que cambie el mundo para actuar, sino con una actitud sencilla, demostrando por ejemplo que es posible producir el vino de Alcamo, en la región donde está la mafia, y venderlo honestamente en el Norte de Italia; que es posible vivir también cuando existe la mafia, porque estamos todos de acuerdo en que la mafia tiene que ser desarticulada, pero no podemos esperar que eso suceda para comenzar a vivir. Se necesita vivir en el presente, no se puede esperar utópicamente a que se verifiquen las condiciones ideales para comenzar a movernos. Una persona que hace trabajar a las mujeres enfermas de SIDA en Uganda demuestra que es posible para todos, en cualquier lugar: aquello que cambia es ayudar a uno a existir, porque representa una posibilidad, un ejemplo para todos. Diez millones de espectadores pueden asistir a una transmisión televisiva que tiene como único objetivo atacar a alguien, pero esto no traerá esperanza, no cambiará nada. Lo que cambia es ver que una persona lo puede lograr, porque si es posible para uno, lo será para todos.